

ORACIÓN FÚNEBRE

QUE POR ENCARGO DE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Y EN LAS HONRAS DE

MIGUEL DE GERVANTES Y DEMÁS INGENIOS ESPAÑOLES

pronunció en la iglesia de Religiosas Trinitarias de Madrid,
el día 23 de Abril de 1900

EL P. ANTONIO HERNÁNDEZ

O. P.



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»

IMPRESORES DE LA REAL CASA

Paseo de San Vicente, número 20

1900

A-Caj-161/12 $\frac{12}{180615}$

ORACIÓN FÚNEBRE

ORACIÓN FÚNEBRE

QUE POR ENCARGO DE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Y EN LAS HONRAS DE

MIGUEL DE CERVANTES Y DEMÁS INGENIOS ESPAÑOLES

pronunció en la iglesia de Religiosas Trinitarias de Madrid,
el día 23 de Abril de 1900

EL P. ANTONIO HERNÁNDEZ

O. P.



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»

IMPRESORES DE LA REAL CASA

Paseo de San Vicente, número 20

1900



Ex abundantia cordis os loquitur.
(Matth., xii-34.)

EXCMO. SEÑOR.

SEÑORES:

Destinado por el fin altísimo de mi Instituto á la evangelización de los pueblos, y no obstante el inmenso aliento que á mi alma comunica aquel oráculo divino: *Dum steteritis ante reges et praesides, nolite cogitare quomodo, aut quid loquámini; dabitur enim vobis in illa hora quid loquámini.....* creedme, Señores, tiemblo al tener que dirigir la palabra á los príncipes y jueces supremos del bien decir; y me siento forzado, áun contraviniendo á las leyes del arte, á implorar ante todas las cosas los auxilios de aquel Espíritu Soberano que inspira donde y como quiere la ciencia de la voz.

¡Qué grande aparece, porque de verdad lo es, en todas las manifestaciones de su vida la Real Academia Española!..... Fundada expresamente para ser refugio sagrado de las letras y fiel guardadora del habla de Castilla, es grande cuando vela con diligencia suma, con estudio nunca interrumpido, con labor incesante y prolija, con tanto esmero como amor, por la pureza inmaculada de una lengua que ha



recorrido todos los grados de perfección en que puede ennoblecirse la palabra humana. Es grande cuando, en su afán congénito de allegar una arena más al caudal aurífero de nuestro idioma, busca con avidez no usada, en todas las clases sociales, para levantarlos á la esfera de gloriosísima luz en que ella vive, á los escritores insignes que son de la literatura española honra y prez. Es grande cuando galardona con lauro inmarcesible los trabajos filológicos que apuran y acendran el tesoro, de inestimable valor, que guarda en sus entrañas escondido la lengua patria. Es grande cuando *limpia, fija y dá esplendor* á la palabra castellana, cuyos nobles acentos tienen deijos del Cielo. Es grande cuando arroja á la pública circulación las ediciones de sus Gramáticas y Dicionarios, para evitar que una voz de mala ley empañe en lo más mínimo la transparencia de ese idioma hermosísimo, que de suyo ama la luz y se goza y alardea de amigo de la verdad. Es grande cuando abre *Certámenes* y otorga *Premios* y labra *Lápidas conmemorativas*, y despliega su límpido *Estandarte*, para escribir en él, con brillantes caracteres de hermosura, el nombre siempre venerando de los que nunca se cansaron de pelear bajo la enseña triunfadora del *Crisol encendido*. Es grande.... pero su grandeza queda vencida y sobrepujada, por la grandeza misma que encierra el acto religioso que hoy, cumpliendo un deber de justicia, la Real Acadèmia Española está verificando.

En esta solemnidad de concordia entre la Religión y las Letras, hacéis oír la voz de la plegaria cristiana en favor de los que fueron vuestros padres en la *gaya ciencia*, maestros en los *rimados decires*. Aquí, en el templo de Dios, á Dios clamáis con ese gemido interior que es como el alma de nuestras oraciones, pidiendo en caridad unidos, que..... *¡santa gloria hayan!*..... aquellos varones ilustres, flor y quinta esencia de la literatura española, que, con las obras de su

ingenio y las creaciones de su fantasía, arrebataron la palma en los dominios del arte; que, con la solidez de sus conocimientos, con los primores de su lenguaje, con la elocuencia de su dicción, supieron elevar la lengua de la Patria á la cumbre de su perfección y hermosura; que, en la majestad de que revistieron el habla de Castilla, acertaron á engastar los pensamientos de Dios.

De aquí arranca la grandeza de ellos, que, como derivada de Dios, sobrevive á todas las vicisitudes humanas; y por eso, vosotros, al ponerlos en este día en comunicación con el Cielo, respondiendo al llamamiento de la caridad; al hablar directamente con Dios, por medio de la oración pública y solemne; al pronunciar en presencia de la Majestad del Altísimo el nombre de los Ingenios Españoles, de su misma grandeza en alto grado participáis; porque entonces, sólo entonces, el hombre es grande, verdaderamente grande, con esa grandeza que asegura inmortalidad, cuando elevado su espíritu á Dios, á Dios saluda y bendice como Verdad primera, Bondad sin límites, Hermosura increada, Fuente del sér y de la vida, Manantial inagotable de toda inspiración.

Así lo publicaron con la magnificencia del lenguaje aquellos artistas gigantes, que llevaron sobre los hombros todo el peso de la edad de oro de nuestra literatura; así lo consignaron en sus escritos, con la lumbrera de la ciencia, aquellos entendimientos sublimes, en medio de los cuales resplandece, como entre las estrellas el Sol, el Príncipe de los Ingenios Españoles.

Vosotros le reconocéis por adalid; yo, aun alentado con la voz de la oración, tengo miedo de profanar su nombre..... Cervantes..... embeleso de las letras patrias, claro espejo de honor, á quien mancillar no pudo torcido proceder; ese hombre que devoró una vida de padecimientos y lloró lágrimas de desconsuelo, y viendo, al través de las lágrimas y

de los padecimientos, en qué consiste el señorío del alma, llorando y padeciendo lo conquistó; ese hombre que en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros, alcanzó prez de bueno entre los buenos; ese hombre que, para romper las cadenas con que á la Europa cristiana el islamismo ceñir y aherrojar quería, no vaciló en derramar su generosa sangre; y, soldado en Lepanto, perdió la mano izquierda, y luego con la diestra levantó, para gloria de su Patria, un monumento que vivirá mientras viva la lengua castellana y..... más allá. Ese hombre, genio de dolores y de sublime grandeza, grande en el continuo batallar de la vida, más grande en la constancia de su espíritu creyente y fiel, impávido en los peligros, fuerte en las adversidades, siempre magnánimo en la orfandad de todo valimiento, nunca quebrantado ni aún doblado por el rigor del infortunio; ese hombre que en una cárcel donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación, legó al mundo en su *Ingenioso Hidalgo* el ejemplar de la humanidad, que errante por este valle de lágrimas y de ilusiones, donde todo es vanidad, aspira incesantemente á Dios y encamina sus pasos en derechura al Cielo.

El Cielo es para Cervantes y demás Ingenios Españoles la patria nativa del alma; y de aquí nace que la aspiración de nuestra alma á Dios que la crió, se halle difundida por todas partes en los escritos de nuestros clásicos, siendo como la fuerza misteriosa que comunica vigor á su palabra, como luz vivísima que despide suave centelleo, para dar mayor realce á las bellezas de su estilo. Porque el estilo es el hombre; el hombre es por el alma; el alma sólo es de Dios. Y Dios, creador del hombre, grabó su imagen divina en la esencia de nuestra alma; y en las alturas del alma encendió la luz del entendimiento; y al entendimiento de este modo escl-

recido, dió la facultad de manifestar sus concepciones por medio de la palabra. Y así, la palabra hablada regula la claridad del concepto intelectual; el concepto intelectual mide la agudeza del entendimiento; un entendimiento penetrante y agudo es signo ciertísimo de las almas selectas; y las almas selectas tienden con ímpetu irresistible á Dios, centro de sus aspiraciones todas, y ostentan la imagen divina, tanto más resplandeciente y hermosa, cuanto más se avocinan á Dios y le figuran en la manera de entender y en la manera de hablar.

Almas reales, almas nobles, almas privilegiadas, los Ingenios Españoles entendieron muy alto acerca de Dios, y la palabra de ellos fué majestuosa, dominadora de todo lo corpóreo. La alteza misma de sus pensamientos movía la lengua, y de sus labios brotaron las palabras en cadenciosas melodías. Fueron hombres como nosotros; pero mejores que nosotros, porque entendieron y hablaron á la manera de Dios.

¿Cómo entiende y habla Dios? ¿Cómo entiende y habla el hombre?

Estos son los pensamientos que, envueltos en el aroma de la oración, os ofrezco en este día.

El hablar, dice Fr. Luis de León, nace del entender, y las palabras no son sino como imágenes ó señales de lo que el ánimo concibe en sí mismo. Cuanto este concepto sea más hondo, tanto más alta es la significación de la palabra; y la palabra, que hace vivo y comunicable el concepto, declara por su naturaleza y con todo rigor, la perfección del sér inteligente que la profiere. Habla Dios, y su hablar guarda rigurosa proporción con el modo de entender.

Sér sobre todos los seres, Sér primero y soberano en todo género de perfección, Dios entiende en el hecho de existir; y porque su existir es de necesidad absoluta, la virtud de su entender iguala á la actualidad de su esencia. Dios entiende todo lo que és, y és todo lo que puede ser; y porque en Dios el ser y el poder ser son una misma cosa, Dios entiende con una sola idea, y la idea por cuyo medio entiende es su divina esencia; su esencia divina, que excluye toda composición y distinción de partes, y en la cual nada hay que pueda limitarla, porque todo es realidad. Dios entiende, porque es esencialmente la vida; y la vida de Dios, que es Dios, consiste en el entender, por cuanto siendo Espiritu perfectísimo, és, y vive y obra con su mismo pensamiento. Dios entiende sin salir fuera de sí mismo; porque fuera de sí mismo imposible encontrar una forma inteligible que represente toda la grandeza de su Sér. Dios entiende sin necesitar de objeto alguno que le determine á obrar; porque es todo acto, acto absoluto, acto puro, simplicísimo, sin mezcla de potencialidad. Dios entiende de la manera más alta, porque está en el más alto grado de inmaterialidad. Dios entiende, porque es todo entendimiento, siendo su entendimiento infinito.

Infinito, porque abarca de una sola mirada el océano inmenso de las perfecciones que constituyen la naturaleza de Dios, que son el Sér de Dios, que son el mismo Dios. Infinito, porque sin demora y sin esfuerzo lo sabe todo, lo co-

noce todo, y contempla en su misma intrínseca eficacia la causa de la existencia de las criaturas y el por qué del tránsito de la nada al sér. Infinito, porque se entiende directamente á sí mismo, y, entendiéndose, se comprende, y comprendiéndose, conoce todos sus bienes y ve según qué formas los puede comunicar. Infinito, porque no necesita fijarse en la existencia real de las criaturas para conocerlas, sino que las criaturas existen realmente porque el entendimiento divino las conoció. Infinito, porque la ciencia de que se halla adornado no se forma.... és; y siendo todo lo que es, es infinitamente, es una perfección subsistente, es una realidad substancial, es el mismo entendimiento de Dios, es el mismo Dios, porque en Dios.... todo es Dios. Y Dios infinitamente sabio, entendiendo todas las cosas en la unidad incomunicable del más elevado de los principios, que es su misma divina Esencia, no tiene, no puede tener más que un conocimiento, así como no pronuncia, ni puede pronunciar, sino una sola palabra.

Palabra que dice todo lo que es Dios; palabra que declara todo lo que el entendimiento infinito comprende; palabra que manifiesta la longitud, la latitud, la altura y la profundidad de la ciencia de Dios; palabra que lo expresa todo, que lo contiene todo, que se pronuncia una sola vez y siempre, que se oye en el tiempo, pero viene resonando de la eternidad. En la eternidad fué pronunciada para constituir la familia divina del Cielo; en el tiempo se oyó poderosa y vibrante para revelar á los hombres aquel misterio de los misterios que, entre los resplandores de la Santidad increada, se está continuamente obrando. En la eternidad, fué el rayo de indeficiente luz que esplende las infinitas perfecciones de la Esencia divina; en el tiempo, saca á la luz de este mundo algunos de los modos infinitos por medio de los cuales esas infinitas perfecciones pueden de alguna manera ser partici-



padas. En la eternidad, marca el punto brillante del pensamiento de Dios; en el tiempo, difunde la verdad eterna que en la mente de Dios mora, y es causa de todas las verdades, y el número, peso y medida en que fueron formados los seres. En la eternidad, da testimonio de la admirable fecundidad de la vida divina, que es, por su misma naturaleza, acto sin movimiento alguno; en el tiempo, anuncia la actividad infinita que se agita en el seno de Dios. Y como el principio de esa actividad infinita es el entendimiento divino, y el entendimiento divino obra siempre en grado infinito también, el entendimiento de Dios, al pronunciar esa palabra que resuena eternamente en las alturas, manifiesta por ella todo lo que Él es; se comunica todo entero por la vía inenarrable de una procesión de luz; y el término de esa procesión es subsistente, es personal, es vivo, igual á su principio, se llama Verbo.

Verbo, porque procede de un Sér inteligente y es la palabra interior que habla el pensamiento de Dios. Verbo, porque es la imagen perfectísima que, al conceerse eternamente, dibuja en su misma naturaleza Dios. Verbo, porque es el concepto inmediato y la forma pura en que se resuelven todos los conocimientos del entendimiento divino. Verbo, porque declara todo lo que Dios vé y entiende necesariamente en sí mismo y de sí mismo. Verbo, porque es al propio tiempo la idea representativa de los seres posibles, y la virtud eficiente y obradora de toda realidad. Verbo, porque es la causa primera, la razón suprema, el modelo increado conforme al cual fueron hechas las criaturas. Verbo, porque es la voz al imperio de la cual se sujetan, para ser dirigidas, todas las operaciones de la ciencia de Dios. Verbo, porque es una emanación limpia y sincera de la claridad del Todopoderoso. Verbo, porque es el espejo sin mancha donde se reflejan y pintan de una manera acabada las perfecciones del Altísimo. Verbo, porque es el Resplandor de la gloria del Padre y

la figura de su substancia infinita. Verbo, porque es la Sabiduría que preside los consejos de Dios, y conoce todas sus obras. Verbo, porque es el prototipo eterno de todos los mundos reales y posibles. Verbo, porque es el Soberano Artífice del Universo. Verbo..... porque en el principio estaba en Dios, y el Verbo era Dios. Todas las cosas fueron hechas por Él; y nada de lo que fué hecho se hizo sin Él.

Sin Él nada se hizo; porque era la palabra que pronuncia Dios, y la palabra por Dios pronunciada, es de acción eficaz, omnipotente, es la misma realidad de lo que dice, es creadora. Por Él todo fué hecho; porque es la expresión acabada y perfecta del entendimiento divino; y el entendimiento divino, enseña Fr. Luis de Granada, es como una grande y real oficina donde están los modelos conforme á cuya traza fué sacada á la existencia la universalidad de los seres. Y los seres que componen el Universo, con su prodigiosa variedad y su unidad admirable, no son otra cosa sino ecos del pensamiento divino, resonancias de la Palabra que eternamente habla Dios.

Y Dios habla como entiende; y porque entiende con una sola idea, y en esa idea están contenidas de un modo eminentísimo todas las hermosuras creadas, por eso no habla tampoco más que una palabra; pero esa palabra es eterna y llena al mismo tiempo con sus armonías dulcísimas los ámbitos de la Creación. Dijo, y todo fué hecho; lo mandó, y todo ha sido criado. Y los cielos pregonan la gloria de Dios; y la tierra anuncia sus magnificencias; y entre los cielos y la tierra el hombre colocado, alcanza á entender, por el conocimiento que forma de las cosas, las magnificencias divinas; y canta alborozado las grandezas del Criador, con palabras tanto más sublimes, cuanto más sublimes son los pensamientos que á sus palabras comunican luz, verdad, inspiración.

Sí; el hombre habla también su palabra, y la palabra del hombre está en perfecta consonancia con su modo de entender. El hombre entiende, porque ha sido criado á imagen y semejanza de Dios; y esta imagen y semejanza de la naturaleza divina impresa en la naturaleza humana, es precisamente á causa del entendimiento. El hombre entiende, porque pertenece por la grandeza de sus destinos al mundo invisible de los espíritus; y en ese mundo poblado de maravillas, lleno de concierto y de luz, en el entender consiste la vida; y en este vivir, la existencia. El hombre entiende, porque en el centro del alma, que es, como dice Fr. Juan de los Angeles, la simplicísima esencia de ella, sellada con la lumbre del rostro de Dios, tiene asiento una potencia, de la Inteligencia infinita sublime destello, la cual potencia del hombre, independiente de todo órgano corpóreo, conoce las cosas materiales bajo la forma de inmaterialidad. El hombre entiende, porque vé directa é inmediatamente los llamados primeros principios de la razón, á los cuales se adhiere por necesidad; y haciendo aplicación de estos principios á los hechos singulares, relaciona y enlaza la variedad de los efectos en la unidad de la causa productora. El hombre entiende, porque hace brotar en el mundo sensible, para esclarecerlo, la luz de la verdad inmutable, necesaria y eterna de las cosas. El hombre entiende, porque.... deja la tierra, y sube á los cielos, y llega hasta el trono de Dios, y conoce á Dios, cuya sabiduría infinita, y aún su virtud omnipotente y su Divinidad, se ven considerándolas por las obras criadas. El hombre entiende; pero necesita de los objetos que vienen de afuera para ejercitar sus actos y producir sus pensamientos. El hombre entiende; pero no posee en sí mismo toda la perfección de que es capaz, sino que recibe dentro de sí, como enseña Malón de Chaide, las especies ó semejanzas de lo que ha de entender, ajustándolo á su talle. El hombre

entiende; pero no es el entendimiento ni el acto de entender, sino que el acto de entender es un accidente, y el entendimiento mismo, sin dividir la substancia del alma, se distingue, no obstante, de su sér. El hombre entiende; pero no se comprende; y aun cuando desenvuelva su fuerza y desplegue su actividad intelectual, no logra saber lo que él es, sino vuelve luego sobre sí propio por el acto mismo de entender. Y se entiende á sí mismo, por reflexión; y entiende las otras cosas, convirtiendo las representaciones sensibles en representaciones intelectuales, verificando el tránsito del orden real al orden ideal, creando el mundo de las ideas, formando el concepto de la mente, hablando su palabra interior, pronunciando el verbo humano.

Verbo, porque manifiesta la principal virtud de la potencia intelectual donde ha sido engendrado, y donde, aunque no de un modo necesario, existe y permanece. Verbo, porque es la expresión de la cosa conocida en su grado más alto de pureza y despojada de toda singular condición. Verbo, porque dá claro testimonio de la adecuación del entendimiento humano con las cosas. Verbo, porque habla de suyo el lenguaje de la verdad. Verbo, porque es la palabra que resuena en el santuario del alma, á cuyas puertas mueren los sentidos y expira la fantasía. Verbo, porque llama con sus propios nombres, y ordena, y clasifica las ideas que son de la ciencia del hombre apoyo y sostén. Y porque la ciencia del hombre se halla dividida y fraccionada en cien pedazos, de tal suerte que no es posible hacer que formen un todo perfecto, idéntico, uno..... por eso, el verbo humano, no expresando, no pudiendo expresar todo lo que nuestro entendimiento alcanza á conocer, tiene forzosa y necesariamente que ser múltiple como las ideas.

Las ideas en el hombre son originariamente causadas por las cosas, á las cuales deben ajustarse como á su regla y

norma de rectitud. Las ideas en nuestro entendimiento se-
mejaban á un espejo donde se pinta la realidad de las cosas;
son estas mismas cosas fielmente reproducidas en la esfera
del pensamiento.

Las ideas son signos naturales, imágenes que sustituyen
y tienen la vez de las cosas, para que el entendimiento las
entienda tal como ellas en sí mismas son. Por las ideas, dice
el maestro León, las cosas hácese á la condición del enten-
dimiento, y adquieren, además del sér real que tienen en
sí, otro sér en todo parecido á éste, pero más delicado que
él, y que nace en cierta manera de él. Y así viviendo, y te-
niendo sér las cosas por tan excelente modo en nuestro en-
tendimiento, luego al punto el hombre que las entiende, las
declara, según son entendidas, por medio de la palabra. Por-
que la palabra hablada repite lo mismo que el entendimiento
piensa en alta voz, y adonde el pensar del entendimiento
no alcanza, es imposible que llegue el hablar de la palabra.

La palabra hablada no es el germen fecundo del pensa-
miento, ni la causa eficiente de la ciencia; sino que la cien-
cia se manifiesta á las claras, y el pensamiento, tomando
cuerpo, se hace visible por esta serie de voces y sonidos
articulados, los cuales, enlazándose estrechamente unos con
otros, producen, al chocar entre sí, las armonías de la pa-
labra.

La palabra supone la ciencia; la ciencia presupone el
pensamiento, que es el ejercicio de la razón; la razón se pone
en acto por las ideas; las ideas dependen de la existencia de
las cosas; y las cosas son y existen, porque reflejan la ver-
dad de las ideas eternas de Dios. Y la verdad de Dios refle-
jada en las cosas y de las cosas trasladada al entendimiento
del hombre, se muestra al fin viva y regocijada en los la-
bios; y al caer de nuestros labios se dilata y agranda en on-
dulaciones luminosas que sabe expresar á maravilla la pala-

bra. La palabra es el anuncio feliz de la idea, es la voz del concepto intelectual, es..... el mismo verbo humano proferido al exterior. La palabra es el cerco que comprende y aprisiona las ideas; y de aquí el secreto de su fuerza maravillosa: entra y penetra en los oídos, pero no se detiene en la imaginación; toca á la inteligencia para fijar en nuestro espíritu el conocimiento de la verdad de las cosas, mediante las relaciones mutuas que existen entre el pensamiento y el lenguaje. La palabra excita en nosotros la idea y representación interna del objeto que conocerse quiere; así como la idea nos inspira y dicta la palabra que ha de significar la realidad del objeto interiormente representado. La palabra es tanto más clara, cuanto el entendimiento sabe más de la verdad de las cosas; y entonces el entendimiento es dueño y señor de la verdad, cuando de las cosas recibe noticia hablando directamente con Dios. Con Dios hablamos, por medio del entendimiento; con nosotros mismos, por las ideas; con nuestros semejantes, por la palabra. Y la palabra, al modo de un rayo del Sol, descubre el interior del hombre y nos dice quién es; y las ideas, símbolos maravillosos de la realidad, nos enseñan lo que son las cosas; y el entendimiento, que es como llama luciente en nuestras almas, nos da ciencia para conocer á Dios según sus maravillas.

Esta ciencia soberana del conocimiento de Dios deja en el ánimo grabado algo grande, algo sublime: la grandeza y sublimidad del pensamiento divino; y el hombre que piensa cosas grandes y sublimes, por fuerza ha de saber, cuando venga la ocasión, expresarlas con palabras llenas de grandeza y sublimidad. Porque la palabra vibra siempre al compás del pensamiento; y como entonces el pensamiento del hombre vive y alienta en una región elevadísima, su palabra, al ser pronunciada, llega resonando á nuestros oídos como caída del cielo, de muy alto, envuelta entre los resplandores de las



ideas eternas, esmaltada con la luz de la verdad de las cosas que explica, declara, allana y esclarece con su mágico poder.

Este mágico poder de una palabra, que es todo luz, todo amor, todo armonía, á nosotros hoy conmueve, y pone delante de los ojos, para ser con admiración contemplado, al Genio que busca más allá de toda hermosura creada el ideal eterno de la belleza que en sus obras artísticas intenta reproducir; al Genio que, en plena posesión de la verdad, á dar sincero testimonio de la verdad subordina sus frases y expresiones que compone, ordena y metrifica; al Genio, en fin, modelo de aquellos insignes maestros que formaron, enriquecieron, pulieron y perfeccionaron el idioma de Castilla, comunicándole todo el amor de la verdad que á su voluntad inflamaba, toda la luz de la ciencia divina y humana que á su entendimiento esclarecía.

Á la manera que el Verbo de Dios refleja en los esplendores y magnificencias de la creación los destellos de la Sabiduría infinita, Supremo Artífice del Universo; de parecido modo, la palabra de los Ingenios Españoles en la riqueza, y copia, y mineros que no se pueden acabar, de luces, y flores, y gala, y rodeos en el decir, de que nuestra lengua castellana está como preñada, según afirma Malón de Chaide, revelan la claridad de sus ideas, la dignidad de su ciencia, la profundidad y alteza de sus pensamientos, los cuales, revestidos de carne y sangre en la palabra hablada, dieron el sér y la vida, son el alma de las Letras Patrias.

Vivificados por los rayos de la verdad de Dios, que hería al alma en la pupila de sus ojos, los Ingenios Españoles se abrieron á la contemplación de la belleza que reluce en las cosas; y trasladada con acierto esta belleza al propio lenguaje, bellamente hablaron de las perfecciones de las cosas, porque claramente conocían las perfecciones infinitas de la naturaleza de Dios.

Vosotros conocéis, Señores, lo que fué aquella Alma nobilísima, en cuyas palabras, henchidas de ideas divinas, parece que los misterios del cielo pierden algo de su obscuridad; en presencia de cuyos inimitables escritos, leídos con afán, el ánimo arrobado levántase á regiones superiores; cuya literatura, en todas partes estudiada, enseña á los hombres las cosas que atañen á Dios con una dulcedumbre de estilo que trae como un sabor anticipado de la gloria. Y nos dice que la Esencia Divina es como un claro diamante muy mejor que todo el mundo; y nos refiere la subida manera de estar todas las cosas en la mente de Dios, representando el entendimiento divino como un espejo en que, con espantosa claridad, se ven juntas todas las cosas, sin que haya ninguna que salga fuera de su grandeza.

Y cuando las cosas que Santa Teresa de Jesús contempla formando unidad perfecta en el entendimiento de Dios, llegaron á ser, por la eficacia de su Palabra, variedad concertada en el Universo, vosotros sabéis también cómo cantó este salir de las cosas de la nada al sér, aquel Poeta incomparable, el cual, inspirándose en el dogma católico de la Creación, sube en vuelo jamás igualado á las esferas en que se mueven los elementos, para enumerar los dones con que fueron enriquecidos por el amor infinito de Dios, cuando este amor, puesto de acuerdo con la sabiduría infinita y el infinito poder, dijo:

Al fuego, adornen Sol
Y Luna, estrellas y signos,
Presidiendo al día y la noche,
Uno en rayos y otros en visos.
Al Aire pueblen las aves,
Hermoseando sus vacíos
Los matices de las alas,
Los cánticos de los picos.
Al Agua habiten los peces,

Primeros bajeles vivos,
Que surquen su esfera á tornos,
Que naden su seno á giros.
Troncos, plantas, frutos, flores,
En vistosos laberintos
La Tierra cubran, en quien,
Ya familiares, ya esquivos,
Diversos brutos habiten,
Teniendo para su asilo
Los domésticos las selvas,
Los montaraces los riscos.
Y, pues, del Poder criados,
Y de la Ciencia instruidos,
Y adornados del Amor
Os veis, sed agradecidos
Al Señor, cuyo Poder,
Ciencia y Amor os bendijo;
Benedicidle, pues, vosotros
En dulces cantos é himnos.

¿Quién ha interpretado la armonía viviente y sonoramente callada de esós himnos de alabanza, de esós cánticos de gratitud que Calderón pide á las criaturas, para que todas ellas, cada una á su manera, bendigan al Criador?..... No necesito daros la respuesta; vuestro entendimiento admira, y vuestra palabra ensalza á aquel Ingenio oratorio y expansivo que nos arrebató en el torrente desencadenado de su elocuencia, toda calor y afectos; que busca á Dios en el espectáculo de la naturaleza, y por las perfecciones que vemos en las criaturas, nos levanta á contemplar un Sér sobre todo sér, que de nadie procede; una luz sobre toda luz, ante la cual toda luz es tinieblas; y una hermosura sobre toda hermosura, en cuya comparación es fealdad toda hermosura. Y Vos, Señor, dirigiéndose á Dios, dice: Vos sois la hermosura primera, sois un mar de infinita hermosura, porque no sólo tenéis en Vos las perfecciones y hermosuras de todas las cosas, sino también otras infinitas, que son propias á vuestra grandeza.

Y sobre el modo de ser participada en las criaturas esta

grandeza infinita de la hermosura de Dios, que Fr. Luis de Granada adora, vosotros repetís de memoria lo que dejó enseñado aquel Maestro eximio en el arte de la palabra, cuyo decir vivo y lozano como su fantasía, de fuego como su ardoroso corazón, apenas si podía contener las ideas que agitaban con divina claridad su alma. La hermosura, dice, es un rayo que de la sobre-excelentísima existencia de Dios nace y se derrama, primero en los Ángeles, y los ilustra con la ciencia de las cosas; de allí en el alma humana, henchíendola con la razón y el discurso; después, en toda la naturaleza que sustenta con las semillas de las cosas para que vuelvan á reproducirse; y últimamente en la materia que adorna y atavía con diversas formas, según la diversidad de seres materiales en cuya composición ha de entrar. De aquí es, afirma el autor de la *Conversión de la Magdalena*, que el que contempla y ama la hermosura en estas cuatro cosas, en las cuales se encierra todo lo criado, amando el resplandor de Dios, y por él conocido, venga á conocer y amar al mismo Dios.

Á Dios conocieron con claro entendimiento y amaron con firme voluntad los Clásicos Españoles; y por eso hablaban con tanto aliento como lucidez de Aquel que, definiéndose á sí propio, dijo: «Yo soy el que soy, el Sér por esencia; Yo soy todo lo bello, y aun toda la belleza; porque soy Unidad en quien se consuma todo; Verdad, por quien la tiene todo lo que es verdadero, y Bondad, en quien todo amor logrará el fin de sus ansias.»

Á Dios conocieron y amaron nuestros Clásicos; y por eso, antes que celosos cultivadores del lenguaje de Castilla, fueron y se mostraron amantes apasionados de la verdad y del bien; porque la perfección del hombre es doblada, dice Fray Juan de los Ángeles, y consiste en la virtud y en la ciencia.

Á Dios conocieron y amaron nuestros Clásicos; y por eso segaron á manos llenas en el campo de la literatura y del arte, tan rico, sobre todo, y tan bello, desde que lo baña con sus rayos la luz de la verdad revelada, y lo olean las auras vivificantes del sentimiento cristiano.

Á Dios conocieron y amaron nuestros Clásicos; y por eso su palabra no sólo se dirige y habla al entendimiento, sino que también asesta sus tiros á la voluntad, regalándola y moviéndola, y penetrando todos los rincones y senos del alma, como si quisiera persuadir y vencer al propio tiempo el entendimiento y el corazón.

Á Dios conocieron y amaron nuestros Clásicos; y por eso no es posible oírles sin dejarse arrastrar por la maravillosa dulzura de su lácteo estilo, que fluye y se mueve cual impetuosa corriente de un río de leche y miel.

Á Dios conocieron y amaron nuestros Clásicos; y por eso su palabra consagra cuanto es en las criaturas bello; porque las obras del entendimiento humano, enseña Granada, son semejantes á las que proceden del divino; y el entendimiento divino, al ser expresado por el Verbo, derramó en las criaturas la belleza de Dios, la cual, conocida por tal, como dice Cervantes, es casi imposible que de amarse deje.

Á Dios conocieron y amaron nuestros Clásicos; y porque el amar del conocer depende, y el hombre habla como piensa y quiere, la palabra de los Ingenios Españoles, al señalar el blanco de sus pensamientos y el centro de sus amores, canta el amor que depura y santifica los afectos, y anuncia la verdad que limpia é ilustra el entendimiento humano con divino resplandor.

Esta verdad que es nuestra gloria y el signo de nuestra inmensa grandeza, á ellos nunca abandonó; y no interpuesta sombra alguna entre el entendimiento alumbrado y el corazón encendido, la palabra de nuestros Clásicos centellea como

el fuego de su amor, está bruñida por la luz de sus ideas, tiene la claridad del sol de España, se viste con la transparencia de su cielo, es sincera, es honrada..... santa.

¿Por qué? ¡Ah! El comunicar á la lengua de la Patria vehemencia, elevación, majestad, soltura, delicadeza, elegancia, claridad, luz, armonía y rápidos vuelos..... no fué solamente en aquellos esclarecidos varones un acto y deber literario, sino acto y obligación moral; una como forma y manifestación espléndida del arte principal y soberano en que todos debemos ser artistas: del arte de la vida, del arte del bien obrar.

Pues, áun cuando toda la vida sea un frenesí, una ilusión, una sombra, una ficción, una apariencia, un sueño..... nada,

Obrar bien es lo que importa:
Si fuera verdad, por serlo;
Si no, por ganar amigos
Para cuando despertemos.

¡Obrar bien! ¿No es ésta la mayor, la más alta, la suprema realidad de la vida? Obrar bien, es pensar bien, es sentir bien, es hablar bien; es la mira de la ciencia, es el blanco de la literatura, es el término del arte; es toda la moral; toda la existencia humana, todo el hombre; es..... el grito del alma, regocijo de los espíritus selectos, que lanzaron sobre nosotros, afrontando el porvenir, los Ingenios Españoles.

¡Dichosos ellos! Habían acertado á vivir en paz con las grandes realidades del mundo sobrenatural; y obrando como por instinto, por impulsos que se adelantan á la acción reflexiva, el bien, se dictaron á sí mismos, como deber irremisible de su noble oficio, el de fundir las bellas letras en molde enteramente cristiano.

Obrando el bien, entendieron el secreto de las tristezas sublimes, y, querellándose, decían:



¡Cuándo será que pueda
Libre de esta prisión volar al Cielo!
.....
Morada de grandeza,
Templo de claridad y de hermosura;
El alma que á tu alteza
Nació, ¿qué desventura
La tiene en esta cárcel baja, oscura?

Obrando el bien, se dieron traza para cantar alegres las tristezas de esa prisión, y alumbrar la obscuridad de esta cárcel con el resplandor de su palabra; porque la palabra es reflejo de la verdad, y como reflejo, es luz, y porque es luz, causa alegría.

Obrando el bien, supieron reunir en su palabra, á las magnificencias del cielo los donaires de la tierra; pero ocultando siempre, bajo la corteza y la sobrehaz de chistes y agudezas, las grandes enseñanzas de la moral cristiana.

Obrando el bien, se enseñorearon del artificio de la elocuencia, dando soltura á la narración, interés á las acciones privadas, contraste y amenidad á los incidentes de la vida humana.

Obrando el bien, apareció luciendo la pompa de sus ricos atavíos, la oración sonora, el período festivo, el alegre decir; pero este decir festivo trae envuelto en sus alegres sonos el descanso y solaz del espíritu, la quietud del corazón, porque no repite los ecos de un pensamiento menos católico, que no mire á Dios y sea para las almas luz.

Obrando el bien..... nunca obrar mejor pudieron que proclamando Rey de nuestros escritores y Príncipe de los Ingenios Españoles, *al manco sano, al famoso todo, á Cervantes, el gran Novelador*, el cual, poniendo en juego la naturalidad, la sencillez, la elegancia, la riqueza, la fecundidad, la fuerza y el poder de su palabra creadora, traza cuadros vivos de permanente realidad con que distraer los

ocios de los hombres, y donde cada uno puede llegar á entretenerse sin daño del alma ni del cuerpo, porque los ejercicios honestos y agradables antes aprovechan que dañan. Sí, que no siempre se está en los templos, no siempre se ocupan los oratorios, no siempre se asiste á los negocios por calificados que sean: horas hay de recreación, donde el affligido espíritu descansa: para este efecto se plantan las alamedas, se buscan las fuentes, se allanan las cuevas y se cultivan con curiosidad los jardines. Una cosa me atreveré á decirte (son sus palabras), que si por algún modo alcanzara que la lección de estas novelas pudiera inducir á quien las leyera algún mal deseo ó pensamiento, antes que sacarlas en público, me cortara la mano con que las escribí.

Y lo que escribe Cervantes, nadie es capaz de borrarlo; y lo que él afirma, ninguno lo pone en duda; y lo que habla su palabra, lo piensa su entendimiento y lo medita su alma. Su alma, tan rica en los más envidiables dones del Cielo; su entendimiento, tan levantado sobre sí propio y sobre todo lo corpóreo; su palabra, que sabe hacer á la lengua esclava de las ideas, para ser la Reina y Señora del bien decir. Y dijo bien, porque entendía con claridad; y la claridad de su entender, le descubrió á Dios; y hacia Dios conduce y guía á los hombres la palabra de Cervantes, aunque por diversos caminos que los que recorrieron, para lograr tan dichoso término, otros de nuestros grandes escritores, á quienes Él, por derecho de conquista, preside, dá nombre y fama, glorifica y corona.

Corona de inmortalidad, gloria inmarcesible, fama imperecedera, renombre esclarecido, el principado entre los Angeles del Cielo: he aquí nuestro piadoso deseo en favor de los Ingenios honradores de España; y este deseo nuestro que la gratitud inspira y la caridad cristiana traduce hoy en oración, es precisamente el deseo mismo que manifestó Cervan-

tes, cuando próximo á transponer los umbrales del sepulcro, sintiendo que la vida eterna se adelantaba con el torrente precursor de sus goces hacia él, con voz clara y no turbada lengua, dijo:

Adiós, gracias; adiós, donaires; adiós, regocijados amigos, que yo me voy muriendo y deseando veros presto contentos en la otra vida.

Pues como lo deseaba el Príncipe de los Ingenios Españoles, así sea ¡oh Dios mío! Vos, Señor, sois la Santidad increada, sois la pureza inviolable; vuestros divinos ojos descubren manchas hasta en la naturaleza clarificada de los Angeles, y si los volvéis á mirar con justicia al hombre, ¿qué será de él si la misericordia infinita no viene en su ayuda? Extended, Señor, ese manto protector sobre todos nuestros Clásicos; y amparados por la grandeza de vuestra Misericordia y Bondad, haced que la memoria de ellos se dilate resplandeciente de gloria en la prolongación de los siglos eternos.

Así lo pide ¡oh Dios mío! la Real Academia Española; y lo pide interesando á la Santísima Virgen, de quien todo lo espera; y lo espera todo de María, porque invoca la clemencia de su Corazón dulcísimo con la voz de su venerable Presidente:

María es nombre junto á Dios propicio;
Luz que al mundo ilumina, hoguera lenta
Que enciende la virtud, consume el vicio
Y más que al cuerpo al ánima calienta.



Biblioteca Regional
de Madrid Joaquin Leguina



1376408

